A principios de junio de 1912 Alfonso XIII concedió una audiencia al capitán Teodoro Iradier. Éste era el principal responsable organizativo de los Exploradores de España, el movimiento creado a semejanza de los boy-scouts fundados en Gran Bretaña por Robert Baden Powell. Iradier leyó al monarca el texto de jura que debían realizar los Exploradores, traducido del inglés. Al mencionar la palabra «Rey» que figuraba en él, Alfonso XIII le interrumpió sonriente para que la cambiase, ante la incredulidad de Iradier: «Mira Iradier, en vez de decir "Rey" pon "Jefe de Estado", porque mañana puede venir la República.» Al oír aquellas palabras, Iradier «cambió de color». Sólo alcanzó a replicar al monarca que «en Inglaterra juran por su Rey, yo he creído que no somos menos». De este modo, la promesa de los Exploradores «quedó rectificada a voluntad del Rey y donde decía Rey quedó, para siempre, Jefe del Estado».
¿Por qué Alfonso XIII decidió aquella enmienda espontánea? No tenemos una explicación clara al respecto. Quizá obedeció al impacto que tuvo en su ánimo la proclamación de la República en el vecino Portugal en octubre de 1910, pues el monarca español mantenía una relación especial con el Rey portugués Manuel II (sólo dos años mayor que Alfonso XIII) y ambos se carteaban llamándose recíprocamente «hermano». No obstante, también se ha señalado que la sugerencia del Rey a Iradier quizá tuviera su origen en la empatía con ámbitos liberales e izquierdistas que el monarca manifestó por esa época. Así, en octubre de 1913, el republicano Gumersindo de Azcárate afirmó que en una entrevista en Palacio el Rey le manifestó que su «amor a España era tan grande» que «si mañana viniera a España la República, yo ofrecería a la República mi espada». En todo caso, el tiempo convirtió la anécdota en profecía y el 14 de abril de 1931 se instauró la República y el Rey fue sustituido por sucesivos Jefes de Estado. Sólo la muerte de Franco en 1975 permitió recorrer el camino institucional inverso, sucediendo al difunto dictador un monarca. Pero entre 1912 y 1975 mediaron dos dictaduras, una república y un salto dinástico generacional, que hizo pasar la Corona de Alfonso XIII a su nieto Juan Carlos y convirtió a Don Juan de Borbón en un fracasado pretendiente al Trono. Durante este largo período se forjó la complicada y decisiva relación entre Franco y la familia real.
Esta primera parte de la obra aborda las relaciones entre Alfonso XIII y Franco como un largo proceso de transición entre un monarca que era constitucionalmente un «rey soldado» y un dictador que, legitimado por la victoria militar en el marco de un cesarismo, bonapartismo o caudillismo (como se prefiera), se erigió en un «soldado rey», al revestir su autoridad con atributos propios de la realeza. Este capítulo analiza la emergencia pública de las figuras del Rey y del futuro dictador; la génesis de las relaciones entre ambos y su desarrollo hasta 1923, en un marco de creciente intervencionismo civil del Ejército, al experimentar éste una marcada deriva pretoriana.

Alfonso XIII, la forja del «rey soldado»

Alfonso XIII nació el 17 de mayo de 1886 y era hijo póstumo –y único varón– de Alfonso XII, tras haberse casado este último en segundas nupcias en 1879 con María Cristina de Habsburgo-Lorena (sobrina del emperador Francisco José de Austria-Hungría) y fallecer en noviembre de 1885. Tras desempeñar la reina viuda y madre María Cristina una larga regencia, Alfonso XIII accedió al Trono en 1902, con dieciséis años recién cumplidos. Las crónicas lo describen como un joven de carácter jovial, pero voluble y frívolo a la vez; amante del deporte y de inteligencia despierta, aunque con escasas veleidades intelectuales; pero sobre todo seducido por el ejercicio del poder y atraído por el universo militar. Estos rasgos de su carácter se afianzarían con la edad y la afirmación de sus prerrogativas regias le llevaría a intervenir en componendas políticas y militares durante su reinado.
Probablemente la cristalización de esta personalidad puede atribuirse en gran medida a las

circunstancias que rodearon su formación. Ésta transcurrió entre un numeroso entorno femenino pendiente de su persona: su madre, la reina regente (que en la intimidad le llamaba «Bubi», de Buber, palabra alemana que significa «chico»); sus dos hermanas mayores, María de las Mercedes y María Teresa; y sus tías paternas, las infantas Isabel (popularmente conocida como «la Chata»), Eulalia y Paz. Además, existió una gran inquietud materna por el crecimiento del preciado vástago, dada la frágil salud que había tenido Alfonso XII (fallecido de modo fulminante a causa de la tisis) y una bronquitis que padeció el «rey niño» con cuatro años. A todo ello se sumó la presión creada por la ausencia de un segundo hijo varón «de recambio» en el caso de sufrir el niño algún percance, pues a fines de siglo xix la presión del carlismo y del republicanismo eran aún muy intensas.

De este modo, la niñez y juventud de Alfonso XIII transcurrió en un ambiente marcadamente femenino, siendo objeto de toda clase de solicitudes y cuidados, por lo que creció como una persona caprichosa y consentida, especialmente por la actuación de su madre y de su tía Isabel. La primera le inculcó un acusado sentido de autoridad regia ya desde la niñez (incluso le hacía reverencias), mientras la infanta Isabel actuaba guiada por la máxima de «Hay que hacer cuanto el rey mande» y la convertía –de hecho– en obligación protocolaria para los demás cortesanos. Tal proceder, según su otra tía la infanta Eulalia, «repetido cien veces al día, en todas partes y por todo el mundo, hacía crecer en mi sobrino el deseo de experimentar su autoridad».

Asimismo, Alfonso XIII desarrolló una gran dependencia hacia su madre, que hasta su muerte en 1929 fue una discreta figura tutelar y su «ángel custodio» en palabras del propio Rey. En este aspecto, no debe olvidarse que aunque la Monarquía de la Restauración está encarnada por dos figuras masculinas –Alfonso XII y Alfonso XIII– su círculo palatino más inmediato fue en gran medida femenino.

De este modo, ya el entorno cortesano de Alfonso XII contó con una numerosa presencia de mujeres (que fue total hasta los siete años): sus dos sucesivas esposas –María de las Mercedes y María Cristina–; sus cuatro hermanas (Isabel, María del Pilar, Paz y Eulalia); sus dos hijas (María de las Mercedes y María Teresa); y sus amantes, especialmente las cantantes Elena Sanz –con la que tuvo dos hijos– y Adela Borghi («la Biondina»). Ello sin olvidar las injerencias de su madre Isabel II, que se entrometió en las conspiraciones monárquicas desde su exilio e hizo comentarios malévolos sobre figuras políticas y palaciegas. De su hijo Alfonso XII afirmó «que no tiene carácter» y «se deja mandar por sus ministros»; incluso mantuvo esperanzas de recuperar el Trono cuando éste se moría. Así, aunque tras la restauración monárquica de 1875 (producida después del golpe de Sagunto en diciembre de 1874), reinar en España era «cosa de hombres», también lo fue en gran medida de féminas y su influencia no puede obviarse.

Por lo demás, Alfonso XIII recibió –como su padre– una formación esencialmente militar, a fin de relacionarse con el Ejército, la base esencial del poder en España y cuyo dirigente supremo era el monarca, según el ordenamiento constitucional. De este modo, aunque su educación política corrió a cargo de un catedrático liberal, Vicente Santa María de Paredes, la mayoría de sus preceptores fueron militares y su preparación como príncipe le transmitió un sistema de valores enfáticamente conservador. Ello, junto a su enaltecido sentimiento de autoridad, le fomentó un patriotismo de corte esencialista o «un nacionalismo español fortalecido por su vocación militar», en palabras de su elogioso biógrafo Carlos Seco. Además, su formación moral corrió a cargo de un jesuita integrista y confesor de la reina regente –el padre José Fernández de la Montaña–, hasta que éste fue apartado de la Corte por un artículo en el que afirmó que «la gobernación de los pueblos con las libertades» era «política liberal, vitanda, no católica ni española vieja y rancia». Este religioso inculcó al Rey un concepto de la religión «primario y convencional». Tales influencias adoctrinaron a Alfonso XIII en una «concepción absoluta de lo que era la autoridad del rey» y le conformaron «un sentimiento militar del autoritarismo».

Con semejante visión del mundo, su actuación como monarca sería muy diferente de la comedida acción de gobierno desempeñada por su madre durante la larga regencia. Ésta duró desde el nacimiento de Alfonso en 1885 hasta su coronación en 1902 y el proceder de la reina madre durante este largo período le valió los elogios de la clase política, sin descuidar el trato con los militares, muy presentes en Palacio. Alfonso XIII, en cambio, se implicó activamente en asuntos políticos y militares tomando partido. En este marco, su combinación de frivolidad y arrogancia; su populismo visible en su lenguaje «castizo» y que le hacía exaltar sus vínculos con el pueblo llano recelando de los políticos que supuestamente los enturbiaban; y –por último– su afán de ejercer un poder cada vez más absoluto le llevarían a no calibrar debidamente los costes de sus decisiones. Dos de ellas marcarían su vida de modo determinante: su boda en 1906 y su aceptación del golpe de Estado de Miguel Primo de Rivera en 1923.

Dos atracciones fatales: la Reina y el Ejército

La decisión del Rey de casarse con la princesa Victoria Eugenia Julia Ena de Battenberg (llamada familiarmente «Ena»), una de la treintena de nietas de la reina Victoria I de Gran Bretaña, tendría importantes consecuencias familiares y dinásticas. Dadas las presiones existentes en España para casar al Rey y obtener una pronta descendencia para estabilizar al régimen, tras estudiar inicialmente un posible matrimonio portugués o alemán, en 1905 medios diplomáticos españoles y británicos laboraron por establecer un compromiso entre Alfonso XIII y la princesa inglesa Patricia de Connaught. Ambos se trataron personalmente (pues el monarca «quería ver el género antes de adquirirlo») y el Rey fue rechazado por ésta. Alfonso XIII entonces se enamoró de «Ena» y su enlace tuvo lugar al año siguiente, aunque la novia no fue bien vista por la reina madre. Entre otras consideraciones, para empezar, era protestante; además, en términos de realeza, los Battenberg tenían un origen advenedizo; y, sobre todo, podía ser portadora de hemofilia. Esta enfermedad hereditaria se caracteriza por la propensión a hemorragias abundantes –a veces espontáneas– y difíciles de contener por el mal funcionamiento de un factor de coagulación de la sangre. Las mujeres son sus portadoras y no desarrollan el mal, que casi siempre lo padecen varones, que nunca lo transmiten. Sobre su origen, se señala que éste puede proceder de la Casa Real de Hesse (de ahí que la hemofilia sea conocida como «mal de Hesse»), mientras también se apunta que se hallaría en una mutación sanguínea de la Casa Real británica y el gen de la hemofilia habría aparecido en quien sería la futura reina Victoria, al experimentar su madre un «choque genético».
Está constatado que Alfonso XIII fue claramente advertido del riesgo potencial que suponía el enlace matrimonial, tanto por su entorno familiar cercano –la reina madre y sus tías, las infantas Paz y Eulalia–, como por la madre de la novia y otras personalidades (debe destacarse que dos de los tres hermanos de «Ena» padecían la enfermedad), pero el monarca decidió arriesgarse. No obstante, el historiador Ricardo de la Cierva afirma que no es seguro que el Rey conociera con certeza tales riesgos, pues la hemofilia no estaba aún tipificada. Cabe pensar que lo más probable es que Alfonso XIII conociese la enfermedad y sus peligros, aunque no todos sus pormenores. En cualquier caso, al nacimiento de su primer hijo Alfonso en 1907 (que resultaría hemofílico) seguirían otros seis alumbramientos: Jaime en 1908; Beatriz en 1909; un hijo nacido muerto en 1910; María Cristina en 1911; Juan en 1913 y Gonzalo en 1914. Este último, como el primogénito, también sería hemofílico. Obstinado en no reconocer su error o quizá confiado en un futuro descubrimiento científico que erradicase la enfermedad, el Rey no quiso afrontar esta realidad y mantuvo a su primogénito Alfonso como príncipe de Asturias y, por tanto, heredero de la Corona. Esta determinación, como veremos, dificultó la sucesión dinástica, ya que Alfonso XIII tuvo finalmente que hacerla recaer en su hijo Juan en el marco del exilio y sin seguir el

protocolo constitucional previsto, lo que comportaría notables querellas familiares. Igualmente, las dos infantas –Beatriz y María Cristina– quedarían estigmatizadas como posibles transmisoras de la enfermedad y sus posibles enlaces de alta alcurnia se verían muy limitados. Como señaló el experto en historia de la realeza Juan Balansó, «a lo máximo que podían aspirar las estigmatizadas era a un príncipe de Liechtenstein».

Desde 1910 en adelante, esta tragedia familiar minó decisivamente el matrimonio de Alfonso XIII y Victoria Eugenia. El monarca fue rotundo al respecto: «No me resigno a que mi heredero haya contraído una enfermedad que ha traído la familia de mi mujer y no la mía. Sé que soy injusto. Lo reconozco, pero no puedo sentir de otra manera.» El Rey, además, tendría diversas relaciones extramatrimoniales de las que habrían nacido varios hijos, tres de los cuales habrían recibido su tutela económica: Juana Alfonsa Milán (1916), hija de la institutriz palaciega Beatriz Noon; Teresa Alfonsa (1925) y Alfonso Leandro (1929), hijos de la actriz Carmen Ruiz Moragas. No obstante, Alfonso XIII mantendría con la Reina una relación complicada (buscó refugio en ella en sus momentos de dificultad), incluso cuando su matrimonio se rompió definitivamente en el exilio.

La otra decisión regia antes aludida que marcó la suerte del monarca –su sanción al golpe de Estado de 1923– fue el colofón de una compleja relación que Alfonso XIII tejió con los militares desde su acceso al Trono, pues, como hemos señalado, el monarca defendió como una parcela personal las relaciones con el Ejército. Ya en el primer consejo de ministros que presidió (celebrado el día de su proclamación como Rey) pidió la reapertura de las academias militares. Debe tenerse en cuenta que el arquitecto del sistema político de la Restauración, el conservador Antonio Cánovas del Castillo, instauró un régimen parlamentario que otorgaba un decisivo papel al monarca, el cual era –a la vez– jefe supremo del Ejército. Por una parte, desde 1890 el régimen se caracterizó por el ejercicio del sufragio universal masculino, alternándose pacíficamente en el poder el partido conservador, liderado por Cánovas, y el liberal, conducido por Práxedes Mateo Sagasta. Esta alternancia era posible gracias a que los resultados electorales se amañaban desde el gobierno, práctica que creó redes de poder local controladas por los llamados caciques. Por otra parte, Cánovas –con la Constitución de 1876– erigió al monarca en la pieza clave del sistema, pues éste ostentaba amplios poderes que le conferían el mando supremo sobre el Ejército y le convertían en un «rey soldado». Asimismo, sus numerosas prerrogativas le hacían árbitro de la vida política: tenía soberanía compartida con las Cortes; podía disolver el parlamento; elegir y nombrar libremente a jefes de gobierno y ministros; su figura era inviolable y la responsabilidad de sus actos recaía sobre sus ministros. El resultado era que «el Rey y no las Cortes pasaba a ser el elemento central del sistema político» y éste, «a través de "sus ministros", podía con el decreto de convocatoria "fabricarse" la mayoría parlamentaria adecuada».

En este contexto, todo lo relativo al Ejército se convirtió en un «dominio reservado del monarca», quedando el gobierno sin control real del estamento militar. Esta relación posesiva establecida por el Rey en relación con el Ejército ha merecido una lectura positiva por parte de los historiadores Javier Tusell y Genoveva García, al considerar que «limitaba la autonomía del ejército». Por nuestra parte consideramos que quizá ello fue así inicialmente, pero con el tiempo sucedió lo contrario: la acción del monarca (un «soldado en el trono» en palabras del historiador Gabriel Cardona) facilitó la autonomía y el protagonismo castrense. La exitosa carrera militar de Franco tuvo lugar con este trasfondo.

Franco, la forja del «soldado rey»

La infancia y el período de formación de Francisco Franco Bahamonde se desarrollaron, en gran

medida, bajo el impacto de un discurso militarista agresivo que conformó tanto sus valores castrenses (la exaltación del valor, el honor y la disciplina), como su ideario ultranacionalista y conservador, defensor del orden establecido.

Franco nació en el seno de una familia ferrolana de clase media baja el 4 de diciembre de 1892 y fue el segundo de cinco hermanos: el primogénito Nicolás nació en 1891 y a Francisco le seguirían Pilar en 1895, Ramón en 1896 y Paz en 1898, que falleció en 1903 a causa de una enfermedad no diagnosticada. Su padre, Nicolás Franco Salgado-Araujo, era un oficial de la Armada del cuerpo de Intendencia y en su juventud vivió en Cuba y después en Filipinas. En 1890 se casó con Pilar Baamonde (después Bahamonde) y Pardo de Andrade, hija del comisario de equipo naval del puerto. Este enlace unió a dos personalidades antagónicas: la madre era una mujer serena y devota, bondadosa y conservadora; el padre habría sido hombre poco amante de la vida hogareña, librepensador y mujeriego, habiéndose señalado incluso la existencia de un hijo natural de éste, Eugenio Franco Puey, nacido en 1889 –antes de su boda– como resultado de su relación en Manila con Concepción Puey, quien entonces era una adolescente de catorce años.

El padre de Franco dejó una amarga huella en la familia, pues en la esfera doméstica, señala Paul Preston, «gobernaba la casa como un general» y «era un autoritario malhumorado que perdía fácilmente los estribos si se le llevaba la contraria»; incluso habría llegado a ejercer la violencia sobre sus hijos. En ese contexto no fue extraño que Francisco se identificase con la madre, que hizo un gran esfuerzo para sacar adelante a la familia y educó también a los primos hermanos Salgado-Araujo, que habían quedado todos huérfanos de padre y madre. En cambio, sus otros dos hermanos heredarían el temperamento paterno: Nicolás sería un desordenado bon vivant y Ramón se haría célebre no sólo por sus hazañas como aviador, sino también por su bohemia revolucionaria, convirtiéndose ambos en el reverso del conservador Francisco, pero manteniendo entre sí afectuosos lazos fraternos. Además, los cuatro hermanos compartirían una gran capacidad para alcanzar sus metas, fuesen éstas atesorar riqueza (Nicolás o Pilar) o protagonizar hazañas (Francisco en el campo militar y Ramón en el de la aviación).

El carácter portuario de El Ferrol y los antecedentes familiares del padre y del abuelo –ambos oficiales de la Intendencia Naval– guiaron los pasos iniciales del Franco adolescente a abrazar su mismo oficio, pero el destino se interpuso. Los exámenes de ingreso para acceder a la Escuela de Administración Naval quedaron suspendidos como resultado del «desastre» colonial de 1898 y la entidad cerró sus puertas en 1901, ya que la flota había quedado destruida y se había acentuado el grave problema estructural de sobreabundancia de oficiales que padecían las Fuerzas Armadas. Entonces se encaminó hacia la Escuela Naval (a la que acudían los oficiales del cuerpo general, «la aristocracia de la armada»), pero no tuvo éxito en las pruebas de ingreso realizadas en 1906. Su hermano Nicolás aprobó, pero Francisco y su primo hermano Francisco Franco Salgado-Araujo («Pacón»), que con el tiempo serían inseparables, suspendieron. El centro docente fue clausurado también por las mismas razones que en el caso anterior y Franco finalmente dirigió sus pasos hacia la Academia de Infantería de Toledo, en la fortaleza del alcázar, donde aprobó los exámenes de 1907, con catorce años.

Ese mismo año, experimentó una conmoción cuando el padre dejó a la familia para instalarse en Madrid, donde fue destinado y convivió hasta su muerte en 1942 con una nueva pareja, Agustina Aldana, y su ahijada (una hija ilegítima o una sobrina de Aldana que la pareja habría adoptado). Incluso se habrían casado por lo civil, aunque el padre nunca se divorció legalmente. Este hecho –censurado o velado durante el franquismo– cubrió de oprobio a la abandonada familia. La esposa, Pilar Bahamonde, luchó por sacar adelante a sus vástagos, a los que educó en la tenacidad. Franco se identificó profundamente con su madre, con la que mantuvo una estrecha unión hasta su muerte (producida durante una visita a Madrid en febrero de 1934), y se convirtió en «el contratipo de su padre». De este modo, odió todo lo que aquél representaba: «el

hedonismo, la irresponsabilidad, el dejarse ir, la decadencia social y la humillación a la que ha condenado a su familia». El impacto de la ausente y traumática figura paterna unido a la fuerte dependencia materna, marcarían mucho más el carácter de Francisco que el de sus dos hermanos. Así lo afirma, entre otros, Brian Crozier, un biógrafo australiano favorable a Franco y nada sospechoso de interpretaciones psicológicas aviesas:

Es lógico suponer que Paquito –como era afectuosamente llamado– fuera acumulando un resentimiento latente contra su padre y que la profunda piedad de su madre le fuera rodeando con un frío caparazón de reserva, de tal forma que Francisco –y sus otros tres hermanos–, abandonados a su propios recursos, se vieran obligados a replegarse sobre sí mismos. Hacia el mundo en torno, sin embargo, la madre de Franco nunca dejó transparentar nada; su orgullo y su dignidad tuvieron que influir también en el carácter del joven. En todas las circunstancias de su vida mostró tanta reverencia hacia su madre como determinación de no parecerse a su padre, y puesto que estaba destinado para la carrera naval, decidió ser ese verdadero marino que su padre no había sabido ser.

Este último aspecto, como destaca el historiador Gabriel Cardona en su retrato de adolescencia y juventud de Franco, no era sólo una cuestión de orgullo: la carrera naval era una tradición, pero también un modo de mantener el estatus social en una ciudad portuaria y provinciana de 20.000 habitantes: «en su ciudad, el lustre lo daba el uniforme y, por si fuera poco, la carrera militar era más barata que las otras», señala este historiador.

En Toledo fue un cadete tímido y estudioso, objeto de hirientes burlas por su aspecto físico (en la escuela ya le habían puesto el mote de «cerillito» por su cabeza y orejas de soplillo), su corta estatura (1,67 m) y su voz atiplada. Pronto se ganó el apelativo de «Franquito». Todo ello, junto al enrarecido ambiente familiar, seguramente contribuyó a convertirle en una persona retraída, que sólo manifestó confianza hacia contados compañeros, como Camilo Alonso Vega, Juan Yagüe o Emilio Esteban Infantes. La Formación que recibió corrió a cargo de oficiales veteranos de ultramar, ex combatientes que habían sido apresados «tras una guerra en la manigua» y «repatriados con la rabia de la derrota y la nostalgia de perder aquellas tierras». Paradójicamente, la pérdida del imperio, «fortificó más que debilitó» en ellos la idea de que su misión era conquistar e imponer su civilización a pueblos atrasados y se aseguraba a los cadetes que España «tenía legítimo derecho a Marruecos, Argelia e Indochina». También fue en Toledo donde Franco vio por primera vez al monarca: en otoño de 1908 Alfonso XIII, Victoria Eugenia y el rey de Portugal visitaron la Academia. El monarca español volvió de nuevo a ella en mayo de 1909, esta vez para tomar parte en unas maniobras militares.[...]